

Transcripción del sermón del obispo Skirving en la Eucaristía de apertura de la 139ª Convención

Que las palabras de mi boca y las meditaciones de todos nuestros corazones sean gratas a tus ojos, Oh Señor, nuestra fortaleza y nuestro redentor. Amén.

Amigos, es muy bueno reunirme con ustedes en Wilmington ahora, aquí en la iglesia de St. James para nuestro culto y mañana en el Hotel Ballast para nuestra 139.ª Convención Anual. No hemos estado juntos en persona para una Convención desde febrero de 2020, y algunos de nosotros en la sala ni siquiera éramos parte de la Diócesis en ese entonces. Si bien pudimos reunirnos en línea en 2021 para realizar los negocios necesarios y compartir algunos informes de la vida y el ministerio en toda la diócesis, simplemente no fue lo mismo.

Estoy muy contento de que hayamos tomado la decisión de retrasar la convención de este año desde febrero hasta ahora, para que podamos estar juntos en persona de manera más segura. Y permítanme ofrecer una palabra de agradecimiento a todos los que han trabajado tan duro para organizar este tiempo de adoración. Phillip, cuando llegó como rector, ¿sabía que su primera vez en la convención sería como anfitrión? Un agradecimiento a todas las personas de St. James que trabajaron juntas para apoyar a Canon Roberts en la planificación y preparación de este culto.

Y, sin embargo, mientras nos reunimos, debemos reconocer que la pandemia de COVID no ha terminado con nosotros. El Centro para el Control de Enfermedades (CDC) ha establecido un sistema simple de tres colores para medir la amenaza de COVID, y cada semana esos colores se publican en condados de todo el país. El verde indica bajo riesgo. El amarillo indica riesgo medio, con la recomendación de que aquellos que son más vulnerables al impacto de COVID consideren usar cubrebocas. El anaranjado indica alto riesgo y lleva consigo la recomendación de que todos deben usar cubrebocas para reuniones en interiores.

La semana pasada, casi todos los condados de nuestra diócesis se tiñeron de verde con bajo riesgo, y solo un par se tiñeron de amarillo. Hoy, 14 de los condados de nuestra Diócesis todavía están coloreados de verde, incluido el condado de New Hanover donde nos hemos reunido, así que eso es bueno. Pero, 17 ahora son de color amarillo con riesgo medio y 2, los condados de Pitt y Hyde, ahora son de color naranja con riesgo alto. Es bueno que estemos reunidos aquí para la Convención, pero seamos respetuosos de las necesidades personales de los demás y, al regresar a casa, seamos conscientes de los riesgos que seguiremos enfrentando en las comunidades donde vivimos. , trabajamos y adoramos.

Mientras nos reunimos aquí para la Convención, muchos en nuestra nación celebran este día como el Día Nacional de Concientización sobre la Violencia de Armas de Fuego, una celebración que sin duda fue planeada antes de los eventos recientes. No estoy seguro, pero algunos de ustedes pueden vestirse de naranja en solidaridad con este día de concientización sobre un patrón que se remonta a 2013. Hace apenas tres semanas, en un supermercado en Buffalo, nueve afroamericanos fueron asesinados por un joven tirador. quien se identifica a sí mismo como un etnonacionalista que apoya la supremacía blanca, y que ahora enfrenta una variedad de cargos por asesinato, crímenes de odio y terrorismo doméstico. Horrible, sí, pero ¿ya nos hemos olvidado del asesinato de nueve afroamericanos en la Iglesia Madre Emmanuel en Charleston, a

manos de un joven tirador motivado por los ideales de la supremacía blanca? ¿Hemos olvidado que estamos reunidos en una ciudad donde el 10 de noviembre de 1898, hasta 60 ciudadanos afroamericanos, según algunos registros, fueron masacrados en un golpe de estado motivado en gran parte por los ideales de la supremacía blanca? ¿O estamos más horrorizados por los asesinatos de la semana pasada de 19 niños en edad escolar, junto con dos de sus maestros en la Escuela Primaria Robb en Uvalde, Texas? ¿Nos hemos olvidado de Park Land o Sandy Hook o Columbine o cualquiera de los otros? ¿Qué hay de Las Vegas, Orlando o Virginia Tech? Mientras nos reunimos para nuestra Convención Diocesana, nuestra nación continúa enterrando a sus muertos. Y estamos llamados como su pueblo a abordar nuestra naturaleza inherentemente racista y violenta.

Finalmente, recordemos que nos hemos reunido para nuestra Convención Diocesana durante el tiempo más sagrado y quizás más misterioso del año cristiano. Nos hemos reunido en los últimos días del tiempo de Pascua, una semana después del día en que recordamos la ascensión de Jesús resucitado y en vísperas del día de una gran celebración del día de Pentecostés. Para que no piense que voy a volver sobre todos esos eventos en detalle, no lo haré. Confío en que recordéis que durante la Semana Santa recordamos el sufrimiento de Jesús y el Viernes Santo su muerte. En la mañana de Pascua la resurrección de los muertos, la gran Buena Noticia. En el día 40, la ascensión. En el día 50, este próximo domingo, el don del Espíritu Santo de Dios.

Un amigo mío todos los años, en el Día de la Ascensión, publica en sus herramientas de redes sociales una serie de imágenes del arte clásico, que demuestran impresiones de cómo debe haber sido ver a Jesús ascendiendo al cielo. Tiene una especie de sentido del humor perverso y algunas de las imágenes pueden desafiar algunas sensibilidades. Sigo esperando uno que postea en el que los discípulos de Jesús saltan por los aires tratando de agarrar el pie; Todavía no he visto uno de esos. Y, sin embargo, como iglesia a veces pienso: “Tenemos ese tipo de miedo de dejarlo ir”.

Reflexiono sobre el estado emocional de aquellos seguidores de Jesús, aterrorizados, quizás, durante la Semana Santa y el Viernes Santo temerosos de que Jesús experimente lo que les esperaba. Nos enteramos de su asombro y alegría. Nos enteramos de su incredulidad cuando María Magdalena les comunica la Buena Noticia, ese miedo que regresa rápidamente y les hace quedarse tras las puertas cerradas, temerosos de las multitudes, de que Dios se aparezca a través de esos muros y esté presente con ellos, deseándoles la paz, y dejándolos tocar y dejándolos averiguar por sí mismos lo que significaba la resurrección. Me encanta la historia de los dos discípulos en el camino a Emaús que solo reconocieron a Jesús cuando se detuvieron para pasar la noche y él tomó y partió el pan. Piensa en el asombro y la maravilla, pero recuerda que el día que caminaron con él no lo reconocieron. Aunque lo habían seguido y habían estado cerrados a él durante años en algunos casos, todavía no podían entender lo que les había enseñado y entender lo que estaba sucediendo.

El día de la ascensión, al desaparecer, ¿qué habrán pensado? No habrían tenido las capas, generaciones y siglos de interpretación teológica que desde entonces hemos puesto sobre ese evento y lo que sucedió. Tal vez simplemente se habrían preguntado: "Aquí vamos de nuevo". ¡Se fue, volvió y se va de nuevo! ¿Que sigue?

Él les dijo que esperaran en Jerusalén hasta que el Espíritu Santo viniera sobre ellos con poder, pero ¿ellos entendieron eso? O bien, se sorprendieron tanto como los que los rodeaban cuando se llenaron del poder que les permitió proclamar la Buena Nueva y ser testigos del amor de Dios en idiomas y de maneras que nunca podrían haber imaginado hacerlo por sí mismos. Los seguidores de Jesús asustados, escépticos y dudosos se convirtieron en testigos poderosos de un amor que ha transformado el mundo, un amor que todavía está presente en nuestro mundo hoy. En palabras de la lectura que tenemos hoy de los Hechos de los Apóstoles, tenemos una idea de eso en una pregunta que le hacen a Jesús. Entonces, cuando se habían reunido, le preguntaron a Jesús: "Señor, ¿es este el tiempo en que restaurarás el reino de Israel?" ¿Alguien ha estado haciendo esa pregunta últimamente?

¿Cuándo? ¿Cuándo será restaurado ese reino? ¿Cuándo comprenderemos el cumplimiento de la promesa que hemos tenido a través de todos los siglos? ¿Cuándo todo saldrá como nos gusta?

Ellos preguntan, Señor, es este el momento en que restaurarás el reino de Israel. Él respondió: "No os toca a vosotros saber los tiempos ni los períodos que el Padre ha fijado con su autoridad". Sabes, si hubiera oído eso, podría haber jurado. Casi acabo de leerlo. No nos corresponde a nosotros saber, pero ¿no nos comportamos como personas que piensan que debemos saber? ¿Quién piensa que, si trabajamos lo suficientemente duro, podemos controlar cómo resultará todo?

Continúa diciendo: "Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra". [Se escuchan fuertes truenos provenientes de la tormenta afuera del edificio de la iglesia.] Tal vez no tengamos la Convención mañana; tal vez Dios tiene cosas más importantes para que hagamos.

Viviendo como lo hacemos tantos siglos después, sabemos cómo resultó esa historia y cómo está registrada en las Escrituras para nosotros. Sabemos que en ese día de Pentecostés, todas sus limitaciones y temores humanos fueron transformados para que la obra de Dios pudiera realizarse en la tierra. Y, sin embargo, seguimos viviendo como si dependiera de nosotros. Continuamos viviendo como si por nuestra propia sabiduría, y el pensamiento correcto y las decisiones, o por nuestra energía, o poder, o engatusándonos unos a otros y diciendo "¡Vamos!", podemos hacer que suceda. "Recibiréis poder", les dijo Jesús, "el poder del Espíritu Santo, y seréis mis testigos".

Es muy duro sentirse impotente ante un gran sufrimiento. Tenía veintitantos años cuando pasé un año como capellán de hospital como parte de mi formación para el ministerio ordenado. Fue particularmente irónico cuando los veteranos de la Segunda Guerra Mundial me llamaban "Padre" y me pedían que los ayudara a dar sentido a cosas como que su cónyuge muriera de un cáncer doloroso y reconocían que en esos momentos yo realmente no tenía nada que ofrecer. Juntos podíamos ser conscientes de la presencia de Dios en medio de nosotros y podíamos compartir unos con otros nuestra experiencia del amor de Dios, pero no estábamos en condiciones de extirpar el cáncer de quien sufría. Me contó que había estado del lado de un, creo que dijo "trinchera" o como lo llamara; algunos de ustedes sabrán el idioma mejor que yo mientras el capellán de las fuerzas aliadas rezaba por la victoria en la batalla y estaba absolutamente seguro de que al otro lado de la colina el pastor luterano estaba rezando por la

victoria en la batalla de los alemanes. Fue entonces cuando perdió la fe. A veces tomamos la religión y tratamos de controlarla, y tratamos de comercializarla, y tratamos de exponerla con el poder que creemos que nos da autoridad sobre los demás, y nos quedamos cortos. Es tentador reclamar cualquier poder que pensamos que podríamos tener, aferrarnos a viejos modelos de poder, como el poder del imperio, un poder que ha sido ejercido por la Iglesia durante siglos, un poder que ha sido ejercido para cometer actos horribles en el nombre de Dios, cuando en realidad las acciones no eran de ninguna manera “de Dios”.

Es frustrante quedar atrapado en interminables debates que nos distraen de la posible acción. Después de todo, hacer un poco de bien debe ser mejor que no hacer nada. Como seguidores de Jesús y miembros del cuerpo de Cristo en nuestro tiempo, tenemos mucho que ofrecer al mundo en el que vivimos, y en el que estamos llamados a ser testigos de Jesús y del amor de Dios por cada ser humano. El potencial en el cuerpo de Cristo, impulsado por el Espíritu Santo de Dios, es que podamos demostrar una unidad, a medida que permanecemos más y más plenamente en el amor de Dios. Y, sin embargo, estos últimos años han sido una época en la que hemos experimentado más división. Más conflicto. Más desacuerdo.

Estamos llamados a ser testigos de Jesús y ser testigos del amor de Dios viviendo en nuestra propia carne, el amor abnegado de Jesús. No voy a tomarme el tiempo para trabajar en el segundo capítulo de la carta de Pablo a los filipenses, pero qué lenguaje tan poderoso acerca de cómo el que tenía, como podemos entenderlo, todo el poder de Dios, deja ir ese poder y renunció y se convirtió, por así decirlo, en un servidor de todos, simbolizado en el día que llamamos Jueves Santo cuando se arrodilló y lavó los pies de sus discípulos. Pero, demasiadas veces, en lugar de ser servidores en ese modelo, esperamos que otros nos laven los pies. Tenemos que ofrecer a nuestro mundo, no nuestro propio poder, sino el poder del Espíritu Santo, poder que está más allá de cualquier débil esfuerzo humano, ya sea individual o colectivo. Y sin embargo, a veces en nuestra desesperación, a veces en nuestro dolor, a veces frente al sufrimiento, nos enfocamos en lo que creemos que podemos y debemos y debemos hacer.

Y así, mientras nos reunimos aquí este día, en medio de un sufrimiento y un conflicto cada vez mayores en nuestro mundo, renovemos la fe de nuestro bautismo. Renovemos nuestros votos de ordenación. Bendigamos el aceite de crisma para el bautismo, aquí en el recipiente que parece un recipiente de té dulce, pero no lo es. Bendigamos el óleo del crisma para el bautismo y recordemos nuestro llamado a salir al mundo y bautizar a todas las personas. Salir al mundo y ser testigos del amor de Dios. Salir al mundo y ser testigos de Jesús.

Seamos los testigos fieles que Jesús nos llama a ser. Seamos vasos del amor de Dios impulsados por el Espíritu Santo, vasos impulsados por el Espíritu Santo para la obra de sanación y reconciliación de Dios en el mundo en el que vivimos. Nosotros, como pueblo de Dios, estamos llamados a la oración. Y, estamos llamados al pensamiento. Y estamos llamados a la acción. En el nombre de Dios, seamos la iglesia que el mundo de Dios y el pueblo de Dios necesitan que seamos. Amén.